

Colección Ariel

n.º 1

PRECIOS:

El número suelto 10 cénts.
La suscripción semestral . . . 50 »
La suscripción anual 1 colón

BIBLIOTECA ECONÓMICA
que se publica mensualmente
en folletos de 32 páginas

CONTENIDO:

- ✓ JOSÉ ENRIQUE RODÓ. — El Entusiasmo y la Esperanza en la juventud.
- ✓ LEÓN FRAPIÉ. — Mistigris.
- ✓ VÍCTOR RECAMONDE. — El Arbol.
- ✓ DAVID LIVINGSTONE. — Descubrimiento de la catarata de Victoria.
- ✓ ELISEO RECLUS. — El Mandil de Kaueh. — Obreros y Escolares. — Asociación del hombre y el animal.



San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA

1906 - 1907

INDICACIONES

1—Con los folletos mensuales de la Colección *ARIEL*, me propongo contribuir en algo á la difusión de la cultura general en todo el país.

2—Haré publicaciones científicas y literarias que interesen especialmente á los niños y jóvenes de ambos sexos, á los maestros y obreros del campo y de la ciudad.

3—En la literatura internacional antigua y moderna escogeré las páginas que más puedan influir en el ennoblecimiento y progreso de los suscritores á la *Colección*. A las vulgarizaciones científicas les daré toda la importancia que tienen.

4—A fin de estimular la producción científica y literaria en el país, publicaré también escritos de autores nacionales, siempre que dichos escritos sean meritorios y de una evidente importancia para los suscritores.

5—Por indicaciones de algunos suscritores, no dedicaré un folleto para cada autor, como lo prometí, sino de vez en cuando. Me parece que la *Colección* resulta más variada dando á conocer algunos autores de índole diversa en cada tomito. Los temas escogidos para la publicación irán alternando; hoy: de filosofía é historia; mañana: de ciencias naturales, educación, etc.

6—El valor de cada tomito será de *10 céntimos*, que se pagarán á la presentación del ejemplar. Los suscritores lejanos pueden hacer el pago con dos estampillas de á *5 céntimos*. Si son varios los suscritores de un pueblo distante, lo mejor es que se asocien y en conjunto envíen el valor de las suscripciones. La suscripción semestral será de *50 céntimos* y la anual de *1 colón*.

7—El número de suscritores que actualmente sostiene la publicación de *ARIEL*, alcanza á 600. Clasificados quedan así: 505 hombres, y 95 mujeres. A todos les doy las gracias por haberse asociado para el sostenimiento de una obra que juzgo útil. Hice de este primer número un tiro de 800 ejemplares con la esperanza de colocarlos todos en breve.

COLECCIÓN ARIEL ⁽¹⁾

Nº 1 - 12



✓ JOSÉ ENRIQUE RODO

(Uruguayo, catedrático de literatura en Montevideo, autor de ARIEL, un libro muy interesante dedicado á la juventud de la América Latina).

El entusiasmo y la esperanza en la juventud

Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción (2) que ella haya tenido jamás. Pienso que hablar á la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación.

(1) ARIEL.—*En La Tempestad del gran poeta inglés Guillermo Shakespeare, ARIEL es un duendecillo travieso, inteligente, activo, al servicio del sabio mago Próspero. ARIEL simboliza la conducta generosa, la vida noble y espiritual del hombre. Se opone á otro personaje del mismo drama, al monstruoso CALIBAN, el símbolo del egoísmo y de los bajos estímulos. Ahora probablemente los lectores comprenderán por qué invocamos el recuerdo del risueño ARIEL para la Colección que hoy empieza. Con entusiasmo y esperanza nos acogemos, pues, bajo el ala trasparente é irisada del geniecillo bondadoso y encantador de ARIEL. Con ARIEL está la fuerza y su triunfo será el triunfo del Pensamiento. He aquí el sencillo lema de ARIEL: Hagamos reflexionar á las gentes.*

(2) *Suave y persuasiva unción*: un estado de ánimo suave y convincente.

Anhelo colaborar en una página del programa que, al prepararos á respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir á él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio, —que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción,—no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación á la escuela de la voluntad individual, pudo Gœthe (1) decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día á día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas.

Al conquistar los vuestros, debéis empezar por reconocer un primer objeto de fe, en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; hacéd que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo con Renán: (2) «La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida.» El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar á un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos

(1) *Goethe* Juan Wolfgang: célebre poeta alemán. Vivió de los años 1759 á 1832.

(2) *Renán* Ernesto: Filósofo francés del siglo XIX.

estímulos como las visiones de Cipango y El Dorado (1) en las crónicas heroicas de los conquistadores.

Del renacer de las esperanzas humanas; de las promesas que fían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma que se entreaire al soplo de la vida.

La humanidad, renovando de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fe en un ideal, al través de la dura experiencia de los siglos, hacía pensar á Guyau (2) en la obsesión de aquella pobre enajenada cuya extraña y conmovedora locura consistía en creer llegado, constantemente, el día de sus bodas.—Juguete de su ensueño, ella ceñía cada mañana á su frente pálida la corona de desposada y suspendía de su cabeza el velo nupcial. Con una dulce sonrisa, disponíase luego á recibir al prometido ilusorio, hasta que las sombras de la tarde, tras el vano esperar, traían la decepción á su alma. Entonces, tomaba un melancólico tinte su locura. Pero su ingenua confianza reaparecía con la aurora siguiente; y ya sin el recuerdo del desencanto pasado, murmurando: *Es hoy cuando vendrá*, volvía á ceñirse la corona y el velo y á sonreír en espera del prometido.

Es así como, no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realidad del ideal soñado con nueva fe, con tenaz y conmovedora locura. Provocar esa renovación, inalterable como un ritmo de la Naturaleza, es en todos los tiempos la función y la obra de la juventud. De las

(1) *El Dorado*. Los diversos relatos de los indígenas hechos á los conquistadores españoles del Continente Americano, les indujeron á creer en la existencia de un país en donde las minas y los ríos de oro abundaban. Fué este país fantástico, que algunos situaban en el centro de la América del Sur y otros en la Guayana venezolana, el que se llamó *El Dorado*.

Cipango ó Cipango. Este es el nombre que en la obra de Marco Polo *Viajes*, se da á Honshiu, la isla principal del Japón. En esa obra Cipango significa Japón, país fantásticamente hermoso á juzgar por el relato de Marco Polo.

(2) *Guyau* M. Distinguido pensador francés del siglo XIX.

almas de cada primavera humana está tejido aquel tocado de novia. Cuando se trata de sofocar esta sublime terquedad de la esperanza, que brota alada del seno de la decepción, todos los pesimismos son vanos. Lo mismo los que se fundan en la razón que los que parten de la experiencia, han de reconocerse inútiles para contrastar el altanero *no importa* que surge del fondo de la Vida.

Las prendas del espíritu joven,—el entusiasmo y la esperanza,—corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza, al movimiento y á la luz. Adonde quiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas.

Sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la Naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas, que él sea fecundo ó se prodigue vanamente, ó fraccionado y disperso en las conciencias personales, no se manifieste en la vida de las sociedades humanas como una fuerza bienhechora.

Vuestras primeras páginas, las confesiones que os habéis hecho hasta ahora de vuestro mundo íntimo, hablan de indecisión y de estupor á menudo; nunca de enervación, ni de un definitivo quebranto de la voluntad. Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente viva en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento—virtud todavía más grande que la esperanza—ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes é inevitables citas de la Duda, no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad (1) de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido del

(1) *Eterna virtualidad de la Vida.* Eterno poder de la Vida para transformar sus fuerzas.

fondo de vuestro corazón, no lo habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico (1) en el suplicio, pero lo habéis terminado con una invocación al ideal *que vendrá*, con una nota de esperanza mesiánica. (2)

Por lo demás, al hablaros del entusiasmo y la esperanza, como de altas y fecundas virtudes, no es mi propósito enseñaros á trazar la línea infranqueable que separe el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría. Nada más lejos de mi ánimo que la idea de confundir con los atributos naturales de la juventud, con la graciosa espontaneidad de su alma, esa indolente frivolidad del pensamiento, que, incapaz de ver más que el motivo de un juego en la actividad, compra el amor y el contento de la vida al precio de su incomunicación con todo lo que pueda hacer detener el paso ante la faz misteriosa y grave de las cosas. —No es ése el noble significado de la juventud individual, ni ése tampoco el de la juventud de los pueblos.—Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes de que llegase á nosotros, cualquiera resonancia del humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste ó insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo.—Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso ó en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvencción que sobre Dios ó la Naturaleza

(1) *Estoico*: Que pertenece al estoicismo, un sistema filosófico que aconseja el desprecio del dolor. Estoica se llama esta doctrina, porque su fundador—el filósofo griego Zenon de Cícica—la explicaba en el pórtico de *Estoa*. Los principales espositores del estoicismo han sido el emperador romano Marco Aurelio, que escribió *Los Doce Libros* y el esclavo Epicteto, que dejó escritas sus célebres *Máximas*.

(2) *Mesiánica*. Viene de *Mesías*, el Prometido Redentor de los Judíos. *Esperanzas mesiánicas* son esperanzas en promesas redentoras.

se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho á que les dejemos llegar á nuestra conciencia y á que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge (1) y no esquivando su interrogación formidable.—No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción, hay á menudo sugestiones fecundas. Cuando el dolor enerva; cuando el dolor es la irresistible pendiente que conduce al marasmo ó el consejero pérfido que mueve á la abdicación de la voluntad, la filosofía que le lleva en sus entrañas es cosa indigna de almas jóvenes.—Pero cuando lo que nace del seno del dolor es el anhelo varonil de la lucha para conquistar ó recobrar el bien que él nos niega, entonces es un acerado acicate de la evolución, es el más poderoso impulso de la vida; no de otro modo que como el hastío, para Helvecio, (2) llega á ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adoramientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción.

Lo que á la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista, es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente sino la de la posibilidad de llegar á un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciendoo la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe

(1) *El reto de la Esfinge.* Se alude á la famosa Esfinge de Tebas, en la Grecia Antigua. Era un monstruo que estaba á la entrada de la ciudad y proponía á los viajeros que llegaban un enigma para que lo resolvieran. Si no lo resolvían, los devoraba.

(2) *Helvecio* Claudio Adriano. Filósofo materialista de Francia. Vivió de 1715 á 1771.

necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro sér la sugestión divina de la Naturaleza.

Animados por ese sentimiento, entrad, pues, á la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento en que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador.—Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora.—Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas é intensas de lo que debieran ser. Gaston Deschamps (1) lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones, en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas pueden tener un carácter general á pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida.—Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud.—He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado á la obra del futuro.

(De *Ariel*)

(1) *Gaston Deschamps*. Conocido crítico francés.

✓ LEON FRAPIE

(Se distingue entre los actuales novelistas de Francia. No hace mucho la Academia «Goncourt» de París premió una de sus novelas más interesantes: *La Maternelle*. El precioso cuento que sigue está en esa novela. Es una maestra inteligente y buena quien lo cuenta á sus pequeños discípulos).

Mistigris

Una señora anciana vivía en el campo con un gato llamado Mistigris. Su vivienda era blanca, de techo rojo y se llegaba á ella por una escalera de piedra, con cinco gradas y un pasamanos de hierro.

Por delante de la casa había un jardín cercado de un muro blanco, por encima del cual podía alzarse la cabeza y verlo lleno de luz, porque los perales, ciruelos y cerezos casi no eran más altos que el muro; pero frente á la escala, había un castaño muy grande, que derramaba sobre la casa una dulce sombra. Los árboles frutales estaban colocados en dos filas, y entre ellas se veía una cesta de flores fragantes sobre la cual no cesaban de revolotear las abejas, los pájaros y las mariposas, como si estuviesen de fiesta.

Diariamente la anciana señora, después del almuerzo, venía á sentarse en un sillón de mimbre al pie de la escala; se ponía los anteojos y bordaba, mirando de rato en rato hacia el castaño, cuyas hojas caían dulcemente con un cuchicheo como el de los niñitos escolares que se figuran que la maestra no los está viendo.

Mistigris que nunca se apartaba de su dueña, se echaba en la última grada. Sentado, con la cola entre las piernas, inmóvil, miraba las abejas y las mariposas que giraban junto á las flores. Granos de oro brillaban en sus ojos y con éstos aparentaba escuchar el ruido de una carreta por el camino, el pitazo lejano de una locomotora. Si una

mosca se acercaba, movía la cabeza y vigilaba, de lado, á su ama laboriosa, y cuando se convenía de que ninguna novedad pasaba en el mundo, se lamía las patas, se hacía una rosca y á dormir.

Un día, como de costumbre, la vieja señora iba á sentarse en su sillón de mimbre, cuando escuchó gritos de pájaros, agudos gritos, rápidos, horribles, y vió que dos avecillas revoloteaban como locas alrededor del castaño; moviendo con ligereza las alas, infundían la imagen de manos infelices que tiemblan, que no saben en donde detenerse; los pajaritos se acercaban á las ramas, se alejaban para volver de nuevo: Mistigris estaba en el árbol, junto á un nido, en el cual los polluelitos abrían el pico; quienes gritaban tanto eran el padre y la madre que querían echar fuera al gato.

Enseguida la señora vieja, muy asustada, llama: ¡Mistigris! ¡Mistigris! pero éste no quiere venir; ella entonces trata de hacerle algo y recogiendo piedrecitas se las dispara por entre las ramas.

Mistigris mueve bruscamente la cabeza para un lado y otro, como un malhechor intranquilo, pero las piedrecitas no lo alcanzan; se lanza sobre el nido y ligero, muy ligero, desmenuza los polluelos y se los engulle, apesar de los gritos horribles de las dos avecillas.

Desciende del árbol, queriendo aparentar ignorancia y tranquilidad; y con las precauciones de un dormilón, avanza una pata, después la otra, con lentitud.

Apenas tocó el suelo, la vieja señora llorosa é indignada lo reprende con severidad.

—Es algo abominable lo que ha hecho, algo que no tiene perdón, acababa de almorzar; y aun cuando hubiese tenido hambre, jamás debiera haber comido los pajaritos.

Mistigris se arrastraba, con la cabeza disimuladora medio levantada, como haciendo creer que él lo ignoraba todo: le habían enseñado que bien estaba que destruyera los ratones y por lo mismo él cazaba toda clase de animalitos.

—¡No! decía la dama, él nunca debiera matar

ni ratones; pues los ratones son pobres animalitos que no hacen tantos perjuicios.

Y arrojándole la última piedrecita, lo espantó: largo de aquí, monstruoso villano!

Mistigris se alejó refunfuñando y se entró por la puerta sin cerrar, de la casa.

Al día siguiente, como de costumbre, después del almuerzo la dama viene á sentarse al pie de la escala, á la sombra. Mistigris viene detrás de ella, estirándose como un dormilón; se echa en la última grada. Enseguida ¡Dios mio! una queja desgarradora se desprende del castaño. Es la avecilla, la madre de los pajaritos devorados, que está de pie junto al nido vacío y que reconoce á Mistigris. Le habla con un prolongado *cuii, cuii*, un grito lastimero imposible de repetir, cuyo significado debió ser: «devuélveme mis hijitos, devuélveme mis hijitos».

Y he aquí que esta triste canción prosigue lenta, penetrante, siempre igual. Entonces ese mismo gemido sin detenerse, siempre, siempre produce una tristeza que se queda en el aire como un gris de niebla y que se difunde siempre, siempre.

Callan los otros pájaros del jardín, se diría que las hojas apagan su cuchicheo, que las flores se inclinan, que las mariposas se ocultan.

No es solamente una queja de pájaro lo que se oye, es algo mayor: es una queja de madre! Se diría que allí también lloran con la avecilla el árbol, el sol, el cielo. Figuraos que todas las cosas lloran al rededor de vosotros. Sabed entonces que todas las madres del mundo, las madres de los niños y de los animales lloran del mismo modo cuando se les arrebatara su pequeñito, puesto que se hace el mal á la vida que respiramos, puesto que todos sufren á un tiempo de la misma manera, la casa, la calle!

Los gatos no comprenden el lenguaje de los pájaros; pero Mistigris luego ha comprendido todo lo de la avecilla, como si fuese su madre, la de él, la que lloraba «*Cuii, cuii*, devuélveme mis pequeñitos, devuélveme mis pequeñitos».

El ha mirado pronto, hacia arriba, hacia el cas-

taño, después finge que nada escucha, vuelve la frente hacia los perales y ciruelos, atiende á las moscas que vuelan en el bajo, guiña los ojos como si su polvo de oro le estorbare, y aparenta contar las flores inclinadas, más lejos aún, más, en el bajo.

Pero la avecilla allí permanece en la rama, abriendo y cerrando el pico, sin apartarse de él, sin detenerse, siempre, siempre lamentándose de igual modo: «devuelve mis pequeñitos! devuelve mis pequeñitos!

A pesar suyo, Mistigris, poco á poco, alza los bigotes hacia el árbol, los inclina y olfatea atentamente la piedra de la escala, á sus pies.

Pero la avecilla sigue gritando y poco á poco la cabeza de Mistigris se alza de nuevo, es preciso que él vea,! es preciso que escuche! es preciso que permanezca allí, con los ojos fijos en la avecilla que le hostiga.

Entonces, los gritos de la madre que se inclina y se levanta sin cansarse, son como agujas que cada vaivén hundiera más; escalofríos sacuden las espaldas de Mistigris, sus pelos parecen yerba que sopla el viento.

Se mantiene cada vez más atento, viéndose obligado á saborear con amargura toda la pena y todo el reproche de la madre. Hé aquí que la tristeza de todo lo que lo rodea de pronto, se le mete dentro del corazón y lo abate. Abre la boca para maullar y no sale ningún ruido. Quiere distraerse pero no, su cabeza se torna de nuevo, es preciso que escuche.

Más escalofríos á lo largo de su cuerpo y la queja golpea sin perdón, siempre igual y se siente desgraciado, no puede nada, nada. Aquello fué para él de tal modo intolerable que dirigió á su ama un maullido suplicante:

—Te lo ruego, sálvame, hazla callarse.

La vieja señora, sufriendo también, escucha el pájaro, con las dos manos sobre las rodillas, y la costura en el suelo. Responde muy bajito, gravemente:

—No, y no, Mistigris, tú te comiste sus hijitos.

Mistigris permanece clavado allí y no repite más su miserable maullido.

De pronto trata de volver la cabeza, su espalda se estremece con una violenta sacudida y sus orejas se agachan: tiene miedo!

En efecto, el grito de la madre cambia; ahora es un grito colérico: «Ah! conque no quieres devolverme mis hijitos!» Es un grito de terrible cólera, que no se resiste; ese grito conmueve el ambiente.

Y un pájaro llega cerca de la avecilla, y se detiene en una rama: es el padre de los pajaritos comidos.

—Anda! anda! gritó la madre.

Excitado, el padre vuela entonces, sin ruido, gira hacia Mistigris y regresa al árbol. Asustado, Mistigris no se rebuye y á pesar de que sus pupilas no lo desean, él ve al pájaro. Escucha el silencioso aleteo del ave.

—Anda! anda!

Entonces el macho describiendo curvas con las alas, se detiene cada vez más cerca de Mistigris. No se le separa, lo observa, mide la distancia, ya está en la rama que casi toca el suelo, ya en el pasamanos de la escala, ya en una grada. Mistigris se agacha, respira por lo bajo, de á lado, no puede moverse más; el grito terrible de la madre lo paraliza.

Y repentinamente, si de veras fué así, el pajarito más grande que una nuez cae sobre la frente del gato, entre las orejas y toma, toma, lo golpea con el pico, furiosamente, en la nariz: toma, perverso, devorador de inocentes pajarillos pobrecitos.

Después se aleja para unirse con la avecilla madre.

Largo silencio. Todo el jardín mira á Mistigris.

Mistigris abatido, sintiendo que todo en su contra se une, la naturaleza, las cosas, y todo lo que vive, no pudiendo permanecer más delante de las plantas, de la luz, Mistigris, se desliza miserable, con la cabeza y la cola bajas, hacia la casa, se arrastra hacia un oscuro rincón. Y todos

los días, durante treinta por lo menos, apenas Mistigris aparecía cerca de su ama, después del almuerzo, la avecilla madre lo esperaba en el árbol y comenzaba luego su queja desgarradora, incesante y siempre igual: «*Cui, cui*, dame mis pequeñitos, devuélveme mis hijitos». Mistigris la escuchaba con la cabeza baja.

Después llegaba el macho. Pero Mistigris se alejaba apenas lo veía acercarse.

Por fin Mistigris ya no se atrevió á echarse en la escalera. Descendía las cinco gradas, distinguía la avecilla en el árbol y regresaba... Pero llegó al fin la ocasión de que se le devolvieran á la buena avecilla los hijos perdidos, se rehizo el nido y tuvo quienes lo habitaran.

Mistigris desde lo alto de la escala, miró renacer el nido y un día comprendió que ya estaba perdonado. Vino á sentarse en el sitio de costumbre, sobre la última grada, junto á la vieja dama que bordaba.

La avecilla madre ya no se quejaba más; podía vérsela la cabeza asomándose en el nido. Ella y Mistigris permanecen horas enteras mirándose, sin temor, sin malicia.

Mistigris se ha vuelto más juicioso y reflexiona profundamente. Él piensa que una avecilla madre es más fuerte que un gato armado de garras y dientes; reflexiona sobre el remordimiento que tortura á los gatos que devoran pájaros, y no se explica cómo en un nido pueden renacer las avecillas devoradas.

De tiempo en tiempo, el macho trae la comida. La madre se levanta y los pajaritos se agitan dentro del nido.

Entonces Mistigris finge que escucha ruido en la casa; se hace el distraído con mucho disimulo y se coloca de tal modo que le da las espaldas al árbol.

(De *La Maternelle*)

✓ VICTOR RECAMONDE

(Venezolano)

El Arbol

La tierra, enamorada
del sol, vuelve los ojos á la altura
y, ¡mándame—le dice—una mirada!.....
El padre sol la mira con ternura,
y coge un rayo de su lumbre pura
y lo pone en el seno de su amada.

Y aquel sultán, que á su odalisca agobia
con claros besos y caricias rubias,
¡caed y fecundad—dice á las lluvias—
el ubérrimo (1) vientre de mi novia!
Y el nubarrón que en el espacio yerra
cae..... Y, promesa y símbolo de vida,
asoma la simiente á flor de tierra
en tembloroso tallo convertida

Y el tallo crece..... ¡Cómo el niño es tierno!....
Pero pasa un invierno y otro invierno
y aquella hermosa infancia
á que rinden los céfiros tributo,
ya es árbol, y ya es flor, y ya es fragancia,
y ya es de bienes manantial: ¡es fruto!....

¡Es árbol!.... En su tronco, entre las ramas,
su padre, el sol, enreda y desenreda
hilo de oro puro, hebra de llamas.
Sobre las puntas de las hojas queda
engarzada la gota de rocío,
perla de ese collar con que el vacío
atavió, por la noche, la arboleda,
Y su fronda, poblada de sonrisas
primaverales y de trinos suaves,

(1) *Ventre ubérrimo.*—Ventre fértil, fecundo.

recoge los secretos de las brisas
y oye las confidencias de las aves.

(1) Arbol, eres progreso: cuando corta
la quilla audaz el líquido elemento
eres arboladura que soporta
el lino volador que empuja el viento.
Y atraviesas el férvido océano
y en tu fecundo y generoso exilio (2)
ves como se reparten con tu auxilio
los ricos dones del ingenio humano.

Eres paz y eres dicha: tu recojes
futuras primaveras:
los granos de las eras
bajo tu amparo duermen en las trojes.

Y tú sabes de amor: cuando eres choza
ó cuando eres alcázar ¡quién oyera
lo que oyes tú! la nota plañidera
del blondo niño que al nacer solloza;
la oración de la virgen,—ese canto
puro cual una lágrima; y el beso
del labio maternal, tres veces santo.

¡Arbol, eres progreso!....
A la margen del río, en la montaña,
en el camino, enhiesto centinela,
tú sostienes la red por cuya entraña
la frase viaja, el pensamiento vuela.

Y cabalgaste en frágil carabela
y fuiste cruz sobre la virgen playa,
cuna de nuestros padres.....

La armonía
nace bajo tu copa; en tí se ensaya,
para volar, el pájaro.....

En tí, un día,
árbol hecho ataúd, ¡caja sombría,
sin fuerzas ya, la vida se desmaya!....

(1) De aquí hasta el fin, esta poesía puede tratarse como una recitación escolar. La recomendamos á los maestros.

(2) *Exilio*.—Destierro.

Hombre, empuña la esteva del arado;
que el sol queme tu rostro; la faena
es dura, pero un día tu sembrado
regocijo será de tu alma buena.
Arroja la simiente en el abierto
surco, y cosecharás.....

¡Oh, niño!, cuida
del árbol, joven como tú: que un huerto,
un arbusto, una hoja desprendida,
un brote, una simiente,
el polvo de un pistilo, son la fuente
de la felicidad y de la vida.

¡Amalo!.... Que esa planta, que hoy encierra
en gérmenes aun dones opimos,
fuerte ya, como el roble de la sierra,
te brindará el esfuerzo de la tierra
y la gloria del sol hechos racimos.

(De *La Joven Literatura Americana* de Manuel Ugarte)

VIAJEROS CELEBRES

DAVID LIVINGSTONE

1816—1873

Célebre viajero inglés, doctor en medicina y misionero. A partir de 1839 pasó casi toda su vida en Africa Meridional donde hizo una multitud de descubrimientos geográficos y científicos.

Sus principales obras son «*Viajes é investigaciones de un Misionero en el Africa Meridional*» y «*Relación de la exploración del Zambeze*». Murió en su campo de trabajo buscando las fuentes del río Nilo. Su cuerpo fué trasladado á Europa y enterrado en la Abadía de Westminster donde Inglaterra otorga una sepultura especial á sus grandes hombres.

Descubrimiento de la catarata de Victoria

...Después de haber navegado durante veinte minutos desde Kalai (1) distinguimos las columnas de vapor con mucha razón llamadas humo, las

(1) Isla en el río Zambeze, campamento del Dr. Livingstone.

cuales, desde el punto en que estamos, como á cinco ó seis millas, hacen pensar en uno de aquellos incendios de una gran extensión de potreros, como se ven amenudo en Africa. Hay cinco de estas columnas de vapor, que cambian de dirección por el impulso del viento; parecen respaldarse contra una pequeña elevación de terreno, cubierta de árboles en su parte superior. Desde el punto en que nos hallamos el ápice de estas columnas llega á confundirse con las nubes; son blancas en su base y se vuelven oscuras arriba, lo que aumenta su semejanza con el humo que se levanta del suelo. El paisaje todo es de una belleza indecible: grandes árboles con formas y colores variados, guarnecen las orillas del río y las islas que éste encierra; cada uno tiene su fisonomía peculiar y muchos entre ellos están cubiertos de flores. El baobab macizo, cuyas ramas formarían cada una por sí sola el tronco de un árbol enorme, despliega su masa al lado de un grupo de palmeras que pintan sus hojas livianas en el cielo, donde trazan jeroglíficos que significan siempre para mí «*lejos de tu patria*», pues ellas son las que imponen al paisaje su carácter exótico (extranjero). El mahonóno argentado que, en esta región es parecido, por su forma, al cedro del Líbano, presenta un feliz contraste con el motsurí sombrío, tallado en el padrón del ciprés, y cuyo matiz oscuro está realzado por frutos color de escarlata. Algunos de estos árboles se parecen á robles, otros hacen pensar en olivos con siglos de edad ó en castaños muy viejos; con todo nadie puede representarse la belleza de este cuadro por lo que existe en otra parte. Jamás las miradas de los europeos lo han contemplado; pero los ángeles deben de parar su vuelo con el objeto de admirarlo, arrebatados en su contemplación. Colinas de cien á ciento treinta metros de altura, cubiertas de árboles que dejan ver entre ellos el color rutilante (brillante) del suelo, cierran el paisaje por tres lados. Lo único que falta son cimas coronadas de nieve para confundirse con el horizonte.

A la distancia de ochocientos pasos más ó me-

nos de la cascada, cambio de bote para coger uno mucho más liviano cuyos hábiles remeros me hacen pasar por en medio de los torbellinos y de los escollos y me llevan á una isla situada en el borde del despeñadero por donde caen las aguas. El río tiene poca agua y esto nos permite alcanzar un lugar al cual es imposible acercarse cuando hay mucha corriente. El labio opuesto de la hendidura en que desaparecen las aguas se halla apenas á cinco metros de nosotros. Latiéndome con fuerza el corazón, subo por el despeñadero y miro hacia el fondo de una rasgadura que atraviesa el Zambeze de una orilla á la otra. Veo entonces un río de mil metros de ancho que cae repentinamente á más de treinta metros de profundidad donde se halla comprimido en un espacio de quince á veinte metros de anchura. El abismo es sencillamente una ruptura de la calzada de basalto, (1) grieta honda que, después de haber atravesado el lecho del río, se prolonga hacia el Norte del Zambeze, á través de una cadena de montañas, por un espacio de treinta á cuarenta millas... Si se mira hacia el fondo del abismo, por el lado de la ribera derecha, se distingue únicamente una nube espesa cuya blanca masa, en el momento en que la miro, está rodeada de brillantes arco-iris, desde esta nube se levanta un chorro de agua hasta cien metros arriba. A esta altura el vapor se condensa, se torna fuliginoso (oscuro) y vuelve á caer en una lluvia fina que pronto atraviesa mis vestidos; esta lluvia es sobre todo sensible por el otro lado de la hendidura; á pocos metros de la cima se levanta una cortina de árboles verdes cuyas hojas están constantemente mojadas; un sin número de riachuelos toman nacimiento en sus raíces y van á precipitarse al abismo; pero la columna de vapor con que tropiezan en su caída, los hace subir otra vez con ella, y jamás alcanzan el fondo de la hendidura á la cual van á desembarcar sin cesar.

(1) *Calzada de basalto.*—Camino de piedra volcánica, negra y muy dura.

Por el lado izquierdo de la isla, puede uno seguir con la vista la masa espumante del río con rumbo hacia las colinas y medir con la mirada la altura de la roca cortada á pico, por donde se precipita. Los dos paredones de esta grieta gigantesca, son perpendiculares y formados por una masa homogénea; la corriente ha gastado la roca hasta un metro de profundidad y la ha aserrado; la arista opuesta ha quedado entera con excepción de un punto, por el lado izquierdo, donde se nota una pequeña hendedura que podría producir un día la caída de un pedazo de roca; pero la grieta misma se encuentra todavía en el estado en que hubo de hallarse en la época de su formación. La roca es de color oscuro hasta tres metros arriba del lecho del río, lugar en que queda descolorida por las aguas que alcanzan cada año esta altura en tiempo de las inundaciones. Desde el punto en que me encuentro colocado, se ve perfectamente la masa de agua abandonar su lecho; caer al fondo de la sima, blanca como la nieve; hacerse añicos, si puedo expresarme así, y lanzar chorros de espuma de cada uno de sus pedazos, así como las varitas de acero que se queman en el oxígeno producen haces de chispas; se piensa en una miriada de cometas nevosos precipitando al abismo su radiante cabellera. No he visto que se haya señalado en otra parte este aspecto singular.

...Tres jefes Batokas habían escogido para ofrecer oraciones y sacrificios á los Barimos, (1) la isla en que me hallo actualmente y otros dos lugares en el vecindario de la cascada. Para rezar se colocaban en frente de la nube que se alza del abismo y mezclaban sus invocaciones con el rugido de la catarata. En presencia de este cuadro conmovedor, debían experimentar una emoción profunda y tal vez por el mismo terror religioso que les infundía este espectáculo sublime, habían escogido aquel lugar para la construcción de sus altares. El mismo río tiene algo de misterioso para los habitantes de la comarca.

(1) *Batokas*, tribu negra; *Barimos*, divinidades de los negros.

«Nadie sabe de donde viene, nadie sabe á donde va», dice la canción de los remeros, hablando del Zambeze.

El doble arco iris que veían en la nube vaporosa, cuando no habían observado este fenómeno sino en el cielo, podía hacerles creer que se encontraban en presencia de uno de los tabernáculos de la Divinidad. Los indígenas que me acompañaban sintieron un respetuoso temor al descubrir el arco iris que brillaba sobre la catarata. Cuando lo notan en las nubes lo llaman *Motsé oa Barimo* (el pilón de los dioses); los tres jefes de que hablé, encontrándolo aquí cerca de la tierra, inmóvil encima de la mujiente catarata, veían tal vez en él el símbolo del Ser Supremo, reinando en su inmutabilidad encima de las cosas perecederas que renueva sin cesar. No obstante el pensamiento de la divinidad despertaba solamente en su alma un sentimiento de terror y no modificaba su índole sanguinaria; de modo que otro Jefe fué bien inspirado cuando echó fuera de su guarida á estos crueles señores de las islas.

De regreso á Kalai, después de haber gozado bastante tiempo con la vista sublime de Mosioatounya, desperté la curiosidad de Sekeletu hasta tal grado que tomó la resolución de ir el día siguiente á ver con sus propios ojos este maravilloso espectáculo (1). Lo acompañé con el objeto de determinar la posición de la catarata, tomando el grado de latitud de la isla que se encuentra á pocos pasos del abismo; pero las nubes no me lo permitieron y puedo solamente dar la posición de Kalai que está situado á los 17° 51' 54" de latitud

(1) Sekeletu era el jefe de la escolta de Livingstone, rey de los Makololos de que se habla más abajo.

Mosioatounya es el nombre indígena de la catarata de Victoria. La etimología es la siguiente, dada por el mismo Livingstone en un preámbulo que no hemos traducido:

«Una de las primeras preguntas que me hizo el rey de los Makololos es la siguiente: «¿Tienen ustedes en su país humo que hace ruido como el trueno?» Jamás los indígenas se han acercado á la cascada: la han visto solamente desde lejos, y, llamándoles la atención el vapor que se levanta de ella y el ruido que produce, han exclamado: *Mosioatounya* (el humo truena allá)».

Longitud

Sur y 25° 41' de latitud Este. Sekeletu, cuando nos acercamos á la isla á la cual había ido yo el día anterior, manifestó el temor de que la corriente nos arrastrase al precipicio; sin embargo llegamos sin accidente y me alisté para hacer mis observaciones astronómicas. Mientras tanto mis compañeros se divertían con tirar piedras al abismo y extrañaban muchísimo verlas disminuir de tamaño y hasta desaparecer á sus ojos, antes de que hubiesen llegado al fondo de la sima.

No solamente el deseo de medir la situación de la catarata sino otro objeto me había determinado á hacer otro viaje á la isla: había notado la víspera, que estaba cubierta de árboles extraños, cuyas semillas habían sido probablemente traídas por el río, pues no los había encontrado en ninguna parte; además, merced á la humedad constante que el vecindario de la cascada entretenía en ella, el suelo estaba cubierto también de un césped tan verde como el de nuestros prados. Formé el proyecto de establecer un jardín en la isla; escogí para ella un punto bastante distante de la catarata, con el objeto de proteger mi almacigal contra el exceso de humedad, la cual, en la parte más cercana en la caída del agua, produce en abundancia criptógamos (1) carnosos que tienen la forma de un hongo. Una vez escogido el lugar, sembré unas cien semillas de melocotones y de albaricoques y una gran cantidad de granos de café. Había hecho ya anteriormente el tanteo de introducir en el territorio de los Makololos varios árboles frutales, pero habían olvidado cultivarlos y los arbustos habían perecido por falta de cuidados. Pagué á un Makololo para que cercara mi jardín de la cascada; y, si cumple con lo pactado, tengo la seguridad de que mi almacigal tendrá buen éxito. El único temor que abrigo es el de los hipopótamos de los cuales vi huellas en la isla; sin ellos no dudaría que los árboles de esta huerta llegarán á ser los padres de muchos retoños de su

(1) *Criptógamas* son plantas sin flores, como los helechos, hongos, musgos y algas.

especie. Una vez concluída mi siembra, grabé en un árbol mis iniciales y puse abajo la fecha de 1855; es la única vez que me he permitido este acto de vanidad» (1).

(Traducción, anotaciones y envío del Profesor don Pablo Biolley.—De *Los viajes é investigaciones de un misionero en el Africa Meridional*.)

✓ ELISEO RECLUS

(Nació en 1830 en Sainte Foy la Grande (Francia) y murió el año pasado en Bruselas. Apenas tuvo tiempo de concluir esa admirable obra *La tierra y el hombre*. Con este monumento y *La Nueva Geografía Universal*, Reclus se ha conquistado una impecable reputación de hombre de ciencia. Como geógrafo, ha hecho de la Geografía una ciencia nueva, viva, llena de encantos. Como hombre, su vida es uno de los ejemplos más imitables de pureza, honradez y laboriosidad. La COLECCIÓN ARIEL poco á poco irá dando á conocer la enorme y útil labor de este sabio.)

El Mandil de Kaueh

El hecho más antiguo de la historia iránica (persa), conservado como un diamante en barro impuro, nos muestra, en medio del fárrago legendario de las crónicas contradictorias, que los antiguos persas, destinados á sufrir la dura opresión de los reyes, tuvieron también sus días de noble reivindicación: el acontecimiento permanece envuelto en la sombra de un período desconocido y no se sabe qué personajes se habían arrogado el imperio, pero la tenaz memoria del pueblo y la precisión de la narración, tal como la trasmite la epopeya persa, no permite duda acerca de esta revolución de los antiguos tiempos, encajada en la extraña fábu-

(1) Estas últimas palabras pintan al hombre, tan modesto que no quería ni poner su nombre al pie de la obra de sus manos. Y qué decir de esta preocupación de sembrar árboles útiles para los infelices negros en presencia de uno de los más sublimes espectáculos de la Naturaleza!

la del monstruoso Zohak, (1) que llevaba sobre sus hombros dos enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos. Diecisiete hijos del herrero Kaueh habían sido ya trepanados (2) por las serpientes reales y no le quedaba más que uno, designado por el tirano para sufrir el mismo destino. Entonces Kaueh, enarbolando su mandil de hierro en un palo y seguido de otros trabajadores que blandían sus herramientas, se precipitó sobre Zohak: el monstruo, acobardado, huyó hacia el Demavend, donde el héroe Feridun lo clavó sobre un peñasco del volcán. Durante miles de años el mandil de Kaueh fué el estandarte protector de Persia; pero desgraciadamente los herreros no conservaron su custodia: se la quitaron los soberanos para cubrirle de púrpura y de brocado, para adornarle con diamantes y zafiros, rubíes y turquesas; le pusieron en una urna que para ser transportada necesitaba el esfuerzo de muchos hombres, y el pueblo la desconoció. La historia nos dice que la capilla portátil cayó en manos de los Musulmanes (3) cuando el formidable choque de Kadesieh, y que los vencedores se repartieron los restos; pero «no era aquella la bandera verdadera», se dicen los Persas en secreto, y todos confían en que se encontrará un día el mandil del herrero.

(De *El Hombre y la Tierra*)

Obreros y Escolares

Un régimen, que tiene por regla fundamental que el trabajador no posea el producto de su trabajo, no puede sostenerse sino por el terror, y tal

(1) *Zohak*.—Príncipe persa en un tiempo dulce y bueno; después un monstruo de maldad.

(2) Trepanar es abrir un hueco en el cráneo.

(3) *Musulmanes*.—Son los que profesan la doctrina del profeta árabe Mahoma. Aquí se refiere á los mahometanos árabes que en 636 de J. C. obtuvieron sobre los persas la gran victoria de Kadesieh. Esta es una ciudad situada al N. de la Arabia.

era en efecto, la esencia misma del gobierno egipcio. Ocho libros de la ley, abiertos siempre ante la vista de los jueces, enumeraban los crímenes que sólo se expiaban con la muerte del culpable. La calificación de crimen merecedor de muerte se extendía desde el asesinato hasta las faltas actualmente consideradas como contravenciones ó delitos, ó hasta como simples pecados, de modo que la mentira y la avaricia podían ser castigadas con la muerte.

En realidad todo era punible si así lo juzgaba el capricho del amo; quien podía ordenar la muerte, pero que solía contentarse con hacer cortar la nariz y las orejas del delincuente ó de hacerle administrar sendas palizas. Por otra parte, una sabia organización de la jerarquía de los funcionarios tenía también muy en cuenta su vanidad; los Egipcios ostentaban sus condecoraciones con la misma puerilidad que nuestros contemporáneos: los unos llevaban la orden del león, en recompensa del mérito guerrero; los otros muy orgullosos todavía, aunque no tan bien favorecidos, adornaban sus vestidos con las insignias de la orden de la mosca, reservada al mérito civil.

El régimen de autoridad absoluta que había acabado por prevalecer en el gobierno del pueblo, debía aplicarse también para la educación de los niños. Al modo de enseñanza de las primeras edades, que se hacía por el aprendizaje de la vida en la libertad de los campos, á la vista de la madre, de los compañeros y de los parientes, había sucedido la escuela propiamente dicha, bajo la dirección de un maestro que tenía una misión bien definida, la de adiestrar súbditos obedientes. El palo estaba siempre en la mano del maestro. «Sobre las costillas del niño se hallan sus orejas», decía un proverbio egipcio. La escuela solía llamarse «la casa del castigo»; castigar y enseñar eran dos expresiones que podían considerarse como sinónimas. «Tú eres para mí como un asno al que se apalea fuertemente cada día; tú eres para mí como un negro estúpido de los que se dan como tributo. Se hace anidar al buitres, se enseña á

volar al gavián. De tí haré un hombre, ¡oh niño malo, tenlo entendido!» Así se expresa en un tratado de moral, un maestro que habla á su discípulo. Los rudos consejos, las amenazas brutales, las correcciones corporales, «severas hasta la muerte», fueron en el Egipto de los Faraones el «procedimiento por excelencia que empleaban los magistrados y los magos para dirigir la conciencia y modelar la juventud.» Ningún papyrus de esta época permite suponer que los maestros hayan dado á los súbditos y á los discípulos otras razones de bien obrar que el temor del castigo.

(De *El Hombre y la Tierra*)

Asociación del hombre y del animal

La unión de los hombres por el trabajo en común se completa naturalmente, desde las edades de la animalidad, por la utilización y aun por transformaciones de la Naturaleza. Así hubieron de asociarse los primitivos salvajes para hacerse, como los monos y tantos otros animales, camas de hierbas y techos de ramas yuxtapuestas y hasta entretejidas. ¿No se construyen nidos las aves y algunos peces? ¿No edifica el castor esclusas que contienen una morada para su familia? ¿No tiene el mono una vivienda bien acomodada, á la altura media de los árboles, con techo y suelo de ramas? Como ellos, el hombre aprendió espontáneamente á proveerse con amplitud de los productos vegetales de la tierra: ¿no le habían enseñado, marmotas, abejas y hormigas á hacer provisiones en verano para el invierno?

La diversidad de medios y la diferencia de circunstancias originaron formas especiales de agricultura, debidas, no á la iniciación del hombre por sus «hermanos inferiores», sino á su propio genio, á su espíritu de observación, guiado por las necesidades de la existencia. Las explosiones de semillas que se hacen con violencia, hasta con

ruido, no podían menos de atraer la atención de los hombres; cuando el salvaje de los bosques brasileños veía caer de un gran árbol (*Bertholetia excelsa*) una pesada nuez, gruesa como la cabeza de un hombre, que, rompiéndose sobre el suelo ó sobre una raíz, lanzaba sus semillas á lo lejos, ¿cómo no había de comprender que aquellos granitos contenían en germen otros tantos árboles semejantes al que acababa de despojarse de ellos? Frutos de menores dimensiones, como la balsamina «impaciente», (1) se desembarazan de sus semillas de una manera análoga; mejor aún, el cacahuete (2) se entierra él mismo, y al niño que le observa le da una lección directa de agricultura; por último, las hierbas rastreras que, de distancia en distancia, muerden el suelo y plantan en él sus raicillas como verdaderos dientes, y los vegetales de tubérculos, que se rodean en la tierra de un enjambre de otras tantas bolsas nutricias, enseñan también al hombre, de la manera más evidente, los procedimientos que han de seguirse para renovar de año en año la generación vegetal. Hay pocos niños campesinos, entre los que disponen de algún tiempo ocioso, en quienes no se haya desarrollado espontáneamente el amor del cultivo. ¿Quién de nosotros no ha plantado su árbol frutal? Y lo que actualmente hace cada niño, lo hicieron también los pueblos niños en las diversas regiones de la Tierra, bajo diferentes formas, según los contrastes de los medios.

La agricultura nació, pues, en mil puntos diferentes; pero se comprende bien que muchos primitivos hayan sido más inclinados á procurarse el alimento por la caza y por la guerra que por el cultivo del suelo; porque el labrado de las tierras y los trabajos de la siembra y de la recolección, cuando se hacen en grande, exigen una aplicación sostenida, reflexión y paciencia, mientras que la persecución de la caza ó del hombre es principalmente una obra de pasión: aunque im-

(1) La flor llamada *china*.

(2) Maní.

pulsado por el hambre, el primitivo ve en la caza una verdadera diversión que la perspectiva de un accidente cualquiera, hasta la misma muerte, hace más intensa y más excitante. En este caso la excitación acaba por transformarse en locura: en la lucha el hombre ya no raciocina; no tiene más que un deseo: morder su presa; desgarrarla á dentelladas; dividirla en trozos.

La domesticación de los animales ha de ser en muchas ocasiones más fácil que la utilización de las plantas, puesto que muchos de ellos se presentaron al hombre, y viviendo la misma vida, las especies se comprendían mutuamente. En el territorio de Carnot, en el Africa ecuatorial, los animales de la selva, domesticados fácilmente, constituyen una especie de república de lo más curioso; entre aquellos numerosos comensales del hombre, distinguíase en 1898 un gran mono amarillo, que por su propia autoridad se había constituido en vigilante: llevaba á pacer los carneros, como lo hacen los perros de Europa, y mordía enfurecido las patas de los que se apartaban del rebaño. Después, cuando los animales pacían tranquilamente, montaba sobre el que tenía más cerca y le despojaba de parásitos; evidentemente mostraba interés en hacerse el asociado del hombre, y si se concluyó el trato, fué por su iniciativa personal.

Hay comarcas en que puede decirse que esta asociación es forzosa, ya que el suelo y el clima colocan al hombre y los animales en condiciones de estricta interdependencia. En los *ranchos y corrales* de Nuevo Méjico, del Arizona y de la Sonora, los buitres «basureros» (zopilotes) se hacen necesariamente comensales de la familia, y de una parte y de otra, entre las aves y los hombres nace un sentimiento colectivo de propiedad común y de solidaridad; cuando se presenta un extraño, el buitre se mantiene á cierta distancia con aire sospechoso, después, cuando sale el intruso, el buitre se acerca con satisfacción manifiesta: como las aves domésticas, pertenece á la gran familia del corral.

La paloma gusta también de la vecindad del

hombre, y frecuentemente cuando el águila ó el halcón se ciernen en el espacio, busca un refugio cerca de la cabaña del hombre y hasta bajo de su techo. El lobo *coyote*, menos familiar, es, si no un comensal, al menos un parásito del indio mejicano. Sabido es que viene por la noche á rodear el hogar para recoger la sobras de la comida, y se evita con cuidado espantarle; se le reconoce como una vaga parentela, y en cambio de la tolerancia que se le asegura durante sus visitas nocturnas, se espera de él una protección eficaz contra los genios malechores de las noches.

La domesticación de los animales no es más que un grado superior de la familiaridad primera, procedente del cambio de servicios y del hábito. En la Sonora y el Arizona el pavo es tan doméstico como en los corrales de Europa, y todo induce á pensar que ese volátil comenzó, como la paloma, por pedir refugio y alimento al hombre, y que al fin, habituado completamente á ese nuevo medio, temió aventurarse en la selva ó sobre las abrasadoras arenas. La industria del hombre no tuvo que ejercerse en esta evolución del animal: bastaron la simpatía, la bondad natural y la comunidad de intereses.

Por un fenómeno análogo, el hombre y el animal se comprendieron á menudo recíprocamente en otros medios para buscar el alimento común. Así, los cuclillos (aves como tordos) del Africa meridional y los Hotentotes han sabido asociarse perfectamente para la explotación de las colmenas de abejas: los primeros se encargan de descubrir el nido, después lo indican por medio de gritos penetrantes al hombre, quien responde por un silbido; en seguida van de acuerdo al pillaje del botín, á la repartición de los víveres, porque el hombre, obligado al reconocimiento por su interés, deja siempre á su compañero una parte suficiente del hallazgo.

Existe el mismo género de asociación para la pesca. La golondrina de mar, guía al batelero lapón (1) sobre el Pallajerri, probablemente también

(1) Habitante de Laponia, vasta meseta al N. de Rusia.

sobre los otros lagos de la comarca, y, mediante participación en el festín, le designa los bancos de pescados donde el pescador podrá tender sus redes con toda seguridad. Otros muchos tratados sin palabras, lo que no impide su observancia, se celebran también entre el hombre y las aves pescadoras.

Antes que el chino aprendiera á domesticar el Cormorán (1) y á estrecharle el cuello con un anillo para impedirle la deglución del pez capturado, fué comensal del volátil, pescando juntos en los ríos y en los lagos. En muchos ríos del interior, la alianza libre—partes iguales entre el hombre y el ave—no ha sido violada aún en beneficio del más fuerte. También se han formado ligas, no para el alimento, sino para la defensa, especialmente contra las serpientes.

En la Martinica, en Sainte Lucie, las aves de la selva se reúnen tumultuosamente para señalar al hombre la presencia del trigonocéfalo, (2) y celebran con gritos de triunfo y cantos de felicitación, á la gloria del vencedor, la muerte del de- testado enemigo.

Nuestra alianza con el perro, el compañero principal del hombre en la lucha por la existencia, presenta análogo origen. Se ha observado frecuentemente que perros salvajes, ó vultos al estado libre, se asocian hasta por docenas para obligar á la carrera á un animal que sería hartotemible ó demasiado rápido para uno de sus perseguidores.

Así mismo, en ocasión de hallarse unos hombres cazando animales grandes por su propia cuenta, se han visto cánidos tomar también parte en la caza, contando con que después de la captura el jefe de montería no dejaría de darles un trozo de la presa que habían ayudado á capturar. Así se selló el tratado de alianza entre los cazadores, hombres y perros, y de la asociación debió de nacer, tarde ó temprano, la servidumbre

(1) Cuervo marino.

(2) Serpiente venenosa de cabeza triangular.

del animal, menos fuerte por la inteligencia y la voluntad. De esa manera llegaron los pueblos cazadores á domesticar los halcones.

La amistad primera, espontánea, tuvo también su importancia en la obra de cooperación del hombre con los animales; para ciertas especies fué la única razón de alianza. Las gacelas, y otros ruminantes, que se asociaron á los ribereños del Nilo, son en su mayor parte comensales que, antes de ser animales domésticos utilizados por el hombre como alimento, eran verdaderos amigos, protegidos por un contrato tácito escrupulosamente observado.

A este respecto, los Denkas, pastores ribereños del alto Nilo, en las regiones en que vagando el río á través de las llanuras es frecuentemente obstruído por islas flotantes, pueden ser considerados como hallándose en la época de transición. La cría del ganado, que pace en el mar ondulado de largas hierbas, es la única ocupación de aquellos negros, su único ideal; el animal compañero es para ellos, como para los Brahmanes hindus una especie de dios; no hay juramento más fuerte y más respetado que la palabra jurada por los antepasados de la vaca.

Para sí mismos los Denkas no tienen más que chozas ó simples albergues, mas para las vacas enfermas construyen enfermerías admirablemente limpias sobre tierras siempre secas, que se elevan en islas en medio de la llanura; viven casi únicamente de la leche de sus animales, vacas y cabras, que se dejan ordeñar complacientemente, y no matan jamás animales sanos. Las vacas denkas, graciosos seres que parecen antílopes, (ruminantes de grandes cuernos) son respetadas todo el tiempo que es posible; sus amos, muy sobrios, aunque muy fuertes, sólo comen una vez al día, al ponerse el sol, y se alimentan con la carne de los bóvidos enfermos ó heridos; no obstante, sucede á veces, en tiempo de escasez, que sangran sus animales para beber su sangre, que mezclan con la crema. La comunidad de costumbres les ha hecho venerar las serpientes inofensivas que saben

son muy golosas de la leche, y cada vivienda tiene varios de esos ofidios familiares á los que se conoce individualmente y se llama por su nombre.

Del mismo modo, los civilizados del vecino Egipto domestican los cocodrilos. En la antigüedad, las gentes de Denderah dicese que eran muy hábiles para encantar á esos animales, comunes en el Nilo en aquella época, y se servían de ellos como de monturas.

Antes que unos mal aconsejados europeos ejerciesen su destreza matando los saurios (cocodrilos, lagartos) del lago de Pir Mangho, cerca de Karatchi (Kurachee), aquellos animales sagrados acudían fielmente al llamamiento de sus guardianes y se dejaban montar por pintores piadosos que adornaban sus hocicos con pinturas. Los chiquillos de Palembang (1) juegan también con los cocodrilos, que se hallan bien alimentados por los restos de còcina que caen de las casas sobre pilotes edificadas en el río.

En muchas poblaciones, sobre todo en la América meridional, los jóvenes, y más aún las mujeres, tienen un talento maravilloso para encantar los animales. Hay cabaña de indio rodeada de una colección de animales diversos entre los cuales hay dantas, corsos, didelfos y hasta jaguares; venise allí monos que saltan por las ramas sobre la cabaña, pécaris (2) hocicando por el suelo, tucanes, papagayos que posan aquí ó allá. Las grandes aves agamis (3) y los perros son los defensores de toda la gran familia, y un extranjero no logrará penetrar en la cabaña si no es introducido por los mismos huéspedes.

Con todos esos familiares, un europeo moderno proveería su cocina, pero el indio respeta la vida de los animales criados por él: pertenecen á la casa, y si prestan servicios domésticos para la guarda ó para la vigilancia, la violencia no tuvo

(1) *Palembang*. Una de las ciudades principales de Sumatra, isla al S. de Asia.

(2) Zahinos.

(3) Aves zancudas.

en ello participación: de la libre asociación nació la comunidad de la vida.

Por lo demás, es cierto que, gracias á ese compañerismo, la evolución de los animales que se adhieren al hombre se hace mucho más rápida, del mismo modo que en la sociedad humana la inteligencia del alumno se desarrolla en proporción de las cualidades correspondientes de sus educadores.

Lo que es verdad para nuestra especie lo es también para las otras. Se comprende difícilmente que los mismos partidarios de la teoría de la evolución (1) hayan podido pretender, después de haber visto á los animales domésticos asociados al hombre, que la progresión intelectual de los seres, desde el estado rudimentario de los microbios hasta el organismo complicado y á la astucia sutil del chacal y de la zorra, á la prudencia del elefante, esté marcada por una ley fatal de fijación.

Según esa hipótesis el animal permanece encerrado en un círculo del que no puede salir. Los perros de caza y la pieza perseguida no pueden variar sus astucias, los insectos y los vertebrados industriales no aprenderán jamás un nuevo procedimiento, y ningún pájaro cantor modificará sus acentos. Es posible que la evolución de la inteligencia animal se haya hecho con mayor lentitud que la del hombre, desde que éste se poseyó de instrumentos, pero se continúa en todas las especies prósperas. Hay similitud de evolución entre el hombre y sus hermanos inferiores.

(De *La tierra y el hombre*)

(1) Doctrina que admite el desarrollo progresivo de las especies.

Editor:—J. GARCÍA MONJE
